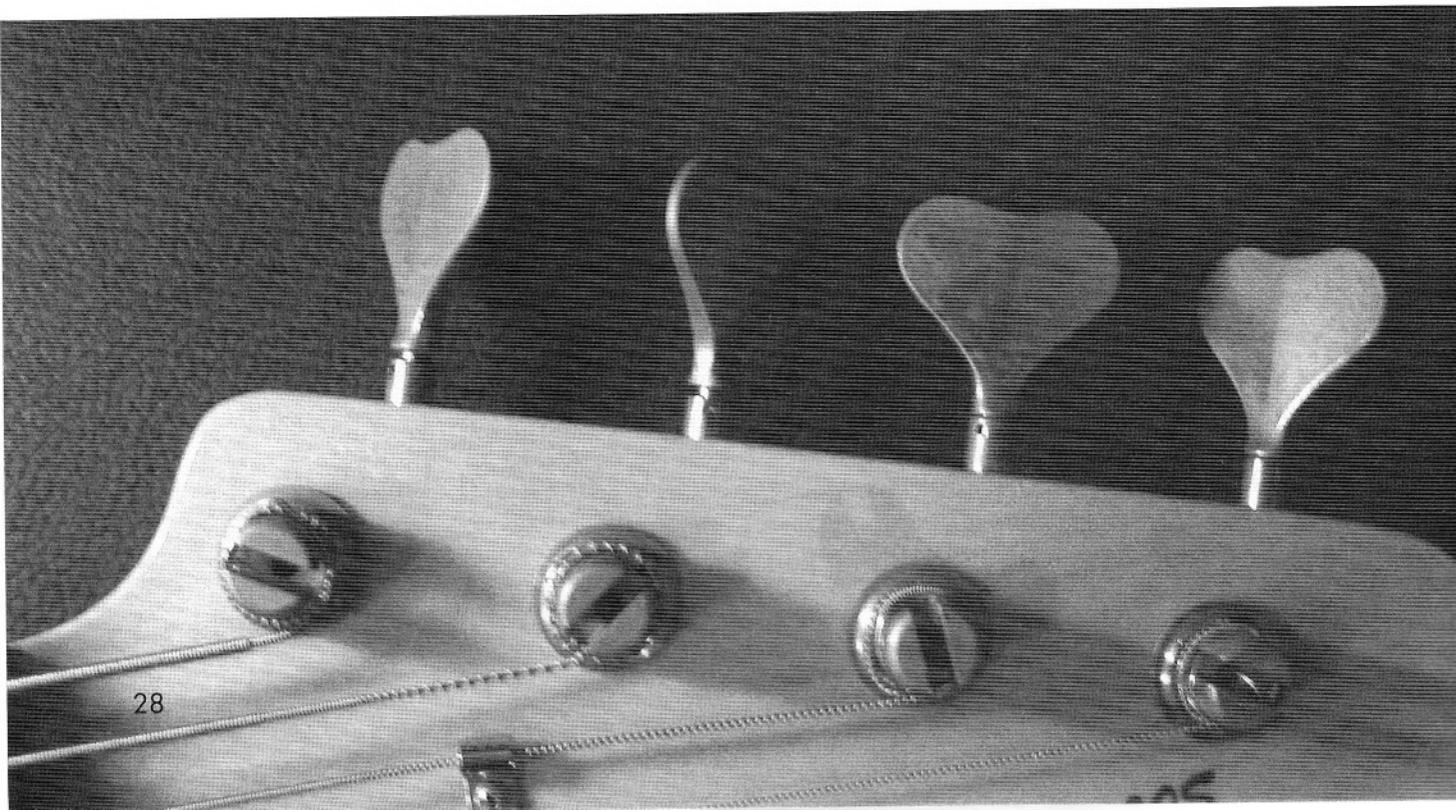


David Vivancos Allepuz

HISTORIA DEL JAZZ, VOLUMEN 3

Leo en el suplemento dominical de un periódico de gran tirada que, en contra de lo que todo el mundo creía, Jim Morrison sigue vivo. El músico posa sonriente en la imagen que ilustra el reportaje con uno de esos imposibles trajes blancos que lucía cuando actuaba en los casinos de Las Vegas, medio de espaldas, de modo que se puede apreciar en todo su esplendor el águila de pedrería de la capita. Según informa el rotativo, el músico vive en un destartado pesquero varado en una

playa de Almuñécar y declara llevar una vida tranquila, sin excesos, y no añorar para nada la fama de la que gozó a finales de los años sesenta. Reconoce, eso sí, haberse animado a interpretar, como solía hacer entonces, el himno de los Estados Unidos tocando la guitarra con los dientes en alguna que otra juerga flamenca organizada por los gitanos en la playa. Ni una sola mención sobre cómo logró sobrevivir a los cinco tiros que le descerrajaron frente a la puerta del edificio Dakota.



EL MOSQUITO: INÉDITO PARA UNA ANTOLOGÍA DE MONTERROSO

Cuando despertó, el mosquito todavía estaba allí. Sólo que más gordo.

Nota del compilador: anotación de puño y letra del autor, sin título, tomada de forma apresurada en el papel de envoltorio de una chocolatina imposible de fechar, El mosquito es, para el doctor Miguel T. Marquina y Rodríguez Whitman, el desarrollo del aplaudido El dinosaurio (Augusto Monterroso, Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí), considerado por la mayoría como el microrrelato más breve jamás escrito en lengua castellana, honor que para algunos recae en uno de los Crímenes ejemplares (Max Aub, Lo maté porque era de Vinaroz) o en El emigrante (Luis Felipe G. Lomelí, —¿Olvida usted algo? —¡Ojalá!). Por el contrario, Steven Palmer y Maqueda Barrientos y sus correligionarios sostienen que el texto recientemente hallado en el interior de una caja de latón de galletitas danesas en casa de los Orduña Castro, El mosquito, en realidad no es más que un boceto, un primer ensayo que Monterroso iría puliendo y perfeccionando con posterioridad hasta alcanzar en El dinosaurio la más bella expresión del ahorro de la palabra, la obra cumbre de la concisión literaria.

COMIDA DE TRABAJO

Hace tiempo que dejé de ir a comer con mis compañeros al bar del juzgado para hacerlo en mi despacho. Aunque sus platos difícilmente habrían satisfecho las expectativas del gourmet más exigente, sería injusto achacar mi decisión a la calidad de lo servido: de hecho, también había ido allí algún domingo con los niños. Mi elección tampoco guardaba relación con la crisis, ya que sus precios eran razonables. Fue fruto de la casualidad, supongo. No recuerdo cómo probé mi primer expediente pero sí su agradable sabor en mi paladar. Devoré providencias y papel timbrado con fruición desde ese día hasta la mañana en la que el juez entró en mi despacho alertado por los muchos documentos que últimamente se habían, digamos, trasapelado. Innecesario fue improvisar una excusa plausible: mis carrillos hinchados de celulosa me delataron. Dejó sobre mi escritorio una apelación particularmente incómoda. Ya sabe qué hacer con ella, dijo.

USUCAPITOS

La secretaria confirmó a los agentes que el profesor Ulloa se había estado comportando de un modo extraño de un tiempo a esa parte. Por supuesto, había sido la primera en observar sus despistes, cada vez más frecuentes. O la desazón que el catedrático experimentaba cuando ella se marchaba y tenía que quedarse solo en el departamento de derecho civil, como había

ocurrido el día de su desaparición. Ulloa atribuía estos cambios en su carácter y otras tantas cosas a unos seres diminutos, a los que había dado en llamar usucapitos, que decía vivían en su despacho. Concretamente en la librería, donde tenían su madriguera entre los manuales de sucesiones y las obras de referencia. El profesor sostenía que los usucapitos eran bromistas y que les gustaba cambiar las cosas de sitio pero, añadía, si bien en un principio le resultaron divertidos, últimamente se habían mostrado cada vez más violentos. Los temía. Parecían fuera de control. Los policías escuchaban incrédulos una historia que la misma secretaria relataba con escepticismo. Detrás de los tomos de la *Nueva Enciclopedia Jurídica* de la editorial Seix se ahogaron unas risitas traviesas.

AL AMIGO DESCONOCIDO

La que siempre lucía antes de que los bombardeos acabasen con él, concluyó Criado. Y yo quise decir que sí, que tenía razón, en cuanto podía hacía ostentación de aquella pitillera, regalo del subsecretario de Gobernación, que tantas veces nos había mostrado cuando quería presumir de contactos en el ministerio. Cierta, Criado, cuánto alardeaba de su insignia del sindicato, siendo peligroso como era, se me adelantó Illescas. Illescas, Criado se refería a que lucía mucha pluma, rió alguien. Pues yo pensaba que hablabais de su dentadura postiza, la había mandado hacer en Suiza, apuntó Gorostiza, algo corrido. Nos miramos incómodos. Pedí otro café más que nada para romper ese silencio tan embarazoso.

RECITAL POÉTICO

Lo había encumbrado a lo más alto de las artes y de las letras la forma más pura de expresión del sentimiento, la poesía sin palabras, de la cual él era maestro y apóstol y yo ferviente admirador. Dispuso los folios immaculados en el atril y dio comienzo a la lectura muda de sus versos no escritos. Al final del recital, tras tres cuartos de hora de vívidas emociones provocadas por lo que de sus silentes labios nunca llegó a salir, los asistentes no pudimos reprimir los aplausos, sinceros, sentidos y entusiasmados. Yo lo hice con los brazos cruzados sobre el pecho, otros prefirieron hacerlo con las manos en los bolsillos. También vi a un par de espectadores con las manos detrás de la espalda en la primera fila. El silencio de la espontánea ovación fue atronador. Los más descarados (no diré los más arrebatados porque todos estábamos subyugados por lo que no habíamos escuchado) nos acercamos a la tarima para que nos firmase su antología. Quise que me la dedicara personalmente y por eso silencié mi nombre. Yo mismo le ofrecí para ello el bolígrafo sin tinta que siempre llevaba en el bolsillo interior de mi americana. Escribió una rima, muy breve, deslizándolo con pausa por la primera página de su libro en blanco y sin título. Me devolvió el poemario y el bolígrafo sin decir nada, lógicamente. La belleza de la dedicatoria que no acerté a leer me hizo llorar, arrobado. Ninguna lágrima cayó de mis ojos secos y conmovidos.